



D. FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO LII. - TOMO XLIV. - MAYO - AGOSTO 1964.-CUAD. CLXXII

Federico García Sanchiz

En este último 11 de junio ha fallecido en Madrid, repentinamente, nuestro entrañable colega Federico García Sanchiz. Había sido llamado a ocupar la vacante causada por fallecimiento de Serafín Álvarez Quintero el 1 de febrero de 1940 y dió lectura a su discurso de ingreso en la Corporación un año después, el 19 de enero exactamente. Contaba García Sanchiz a la sazón cincuenta y cuatro años, como nacido en 7 de marzo de 1886, y su labor era ya muy copiosa por el fértil ejercicio de su palabra y de su pluma. El escritor precedió al charlista, si bien simultaneara luego las dos actividades a que hubieron de impulsarle una vehemente vocación y un gozoso amor al oficio, servido siempre, bien lo sabemos todos, con redoblado entusiasmo.

Federico García Sanchiz era valenciano, típicamente valenciano, si se me permite acudir al expeditivo procedimiento de explicar el carácter y la obra por la "Geografía literaria". Quien trate de enjuiciar a García Sanchiz no acertará, de seguro, a desprenderse del prejuicio levantínista. En Valencia han surgido personajes, costumbres, letras, artes, formas de pensamiento y de sensibilidad tan distintas entre sí como se quiera, pero todas ellas susceptibles de ser interpretadas mediante

la imaginación y la luminosidad. No acaricia esas tierras el Mediterráneo en vano, y García Sanchiz no puede por menos de relacionarse —sin buscarle antecedentes más lejanos— con Blasco Ibáñez y con Sorolla. La Naturaleza manda mucho en la Valencia de los naranjos y de las playas doradas a fuego. El impresionismo podía haberse inventado en Valencia, por lo que hace al arte contemporáneo, ahí como en parte alguna, plástico y colorista. No de otra suerte podríamos entender la obra de García Sanchiz.

Antes que el charlista se produjo el escritor, solo que éste fue ahogado, o punto menos, por la popularidad de aquél. También en Valencia se dan la mano el arte más personal y la artesanía que tradicionalmente ha ido dando prestigio a esas otras creaciones de taller familiar, de equipo, como se prefiere decir ahora. Y en García Sanchiz alentaba la fuerza histórica, racial, mediterránea, del ceramista, del abaniquero, del pirotécnico fantaseador..., junto a la cultura que sucesivamente le proporcionaban los libros y los viajes, sin olvidar el trato de gentes a que García Sanchiz se mostró siempre tan aficionado, tan consustancializado por decirlo así. El charlista fue antes y siempre dialogador y probablemente lo hubiera sido también en tribunas y escenarios, de ser factible organizar el sabroso espectáculo de sus disertaciones al modo de una sobremesa en que alternasen diferentes voces, pero con el natural predominio de la suya. No se concibe al charlista sin haber sido, años y años, conversador como lo fue García Sanchiz, sin poner el paño al púlpito en modo alguno, preocupado de entretener, entreteniéndose él, con los juegos de su fantasía y de su capacidad de observación, antes que de teorizar con aire dogmatizante. García Sanchiz debía de hablar mucho a solas, ya que no siempre tenía contertulios a mano: el público le llegó después, naturalmente. Hablaría solo, de joven, frente al mar latino —como

Rubén Darío—, para decir su verdad: la que le deparaban los bien abiertos sentidos.

García Sanchiz fue una de las primeras novedades brindadas por el nuevo periodismo de nuestro siglo a la gran masa lectora de diarios y revistas. Y fue precisamente en el todavía no modelado arte de la “interview”, según solía decirse, como García Sanchiz reveló sus dotes de escritor y periodista que preguntaba, sabiendo preguntar, al “interviuvado”, enhebrados ambos en el común hilo coloquial. Popularizó, en *La Tribuna*, una sección expresivamente titulada “De cerca”, donde los grandes hombres de aquel tiempo descubrían la intimidad de su vida bajo la insinuante presión de un interrogatorio que realmente no lo era, sino oportunidad de espontáneas confesiones, en el ambiente propicio de la casa, del paseo, de este o aquel punto de amistosa convergencia.

Cuando se habla o escribe, con certero sentido discriminatorio, de la generación del 98 y del modernismo, suele omitirse una piedra de toque muy útil para contrastar dichos conceptos: el periodismo. La literatura periodística impregnada del pensamiento que habría de distinguir, de caracterizar a la famosa generación, se hallaba inequívocamente representado por los artículos de Ramiro de Maeztu, en *La correspondencia de España* o *Nuevo Mundo*, donde fuese: ventanas abiertas a paisajes políticos, sociales, económicos... de aquella Europa solo conocida de quienes pasaban la frontera. Nuestra prensa informaba mal de cuanto aconteciera más allá del Pirineo. Maeztu familiarizó a los españoles con la Europa de Lloyd George, de Marconi, de Eucken, de Bergson, de Mahaan, de Galsworthy... En cambio, Enrique Gómez Carrillo era el cronista brillante que, a tono con el modernismo, en su curiosidad y en su prosa, enteraba a los españoles, más que de nada, de la “vida del Bulevar”, cauce abierto a las “amorosas” de Porto-Riche, a los héroes, a su manera, de Rostand.

al doble juego, mármol y escayola, de D'Annunzio, a los anecdóticos de Cleo de Merode o de Sarah Bernhardt, o del "Emperador del Sahara", o de Bataille, con música de valsés al fondo.

La línea del modernismo fue la seguida por García Sanchiz en sus floridos artículos de la prensa madrileña y también en sus novelas y cuentos. Tenemos por su primer libro, si no estamos equivocados, "Por tierras fragosas", que vió la luz en 1906. Siguiéronle "Las siestas del cañaveral", en 1907; "La comedieta de las venganzas", en 1909; "Nuevo descubrimiento de Canarias", en 1910; "Pastorela", en 1911; "El barrio latino", en 1914; "Al son de la guitarra", en 1916; "Champagne", en 1917; "La Sulamita", en 1918; "Color", en 1919; "El caballero del puerto", en 1921; "La ciudad del milagro: Shanghai" ...

Es rasgo común a obras de tan variada temática, el predominio de los elementos descriptivos. García Sanchiz era un excelente paisajista literario, asistido por su acentuadísimo sentido del color y extraordinaria facilidad para el lenguaje figurado. Navarro Ledesma hizo ver antes que crítico alguno la sugestión del Oriente en los escritores modernistas. La influencia de Pierre Loti es una de las más claramente perceptibles, junto a aquellas otras que cabría englobar bajo el término lanzado por Rubén: "Los raros", desde Poe y Verlaine hasta Lautréamont, Rachilde, Moréas... Los libros de García Sanchiz antes citados permitían comprobar nuestra observación, sobre todo "El barrio latino", "Color", "La sulamita", "La ciudad del milagro: Shanghai"... Estas fuentes, clarificadas por la acción del consabido levantimismo y por el temperamento de García Sanchiz, deberían ser estudiadas en su alcance general, pero no ahora, porque sólo las aducimos en función del arte narrativo de García Sanchiz, muy sensible a la sugestión de los medios exóticos. No se trata ciertamente de una acusada inclinación de lector y

escritor, sino de viajero siempre en pie de marcha. La decisión de entregarse a la "charla" de su invención, obedeció, sin duda, al poderoso estímulo de su ansia viajera. Y cantar a España, en romances nuevos, de acá para allá constituyó para García Sanchiz una razón de su vida. Federico nació locuaz hasta el extremo límite de la expansión. Locuaz, elocuente, orador en suma. Pero de otra manera. Don Agustín González de Amezúa que, en nombre de nuestra Academia, contestó al discurso de García Sanchiz en la solemnidad de su recepción, cuenta cómo se exteriorizó por vez primera, y en forma muy congruente, la vocación oratoria de García Sanchiz. Fue a principios de 1920 en un banquete al también ilustre compañero nuestro don Emilio Gutiérrez Gamero. Creemos interesante transcribir esa página de Amezúa, ilustrada además con un buen retrato de García Sanchiz: "Aplausos, plácemes y abrazos coronaron la fiesta, y ésta parecía ya acabada cuando, de improviso, junto a la presidencia de aquel ágape, surgió la figura de un hombre joven, no muy alto, pero fornido, de cabeza enérgica y valientemente asentada sobre los hombros, con rasgos pronunciadamente levantinos, moreno el color, negros y vivos los ojos, un tanto morenos, y presidido todo ello por negra y abundante cabellera, que en su rebeldía capilar bajaba hacia la frente con desenfado notorio, como si intentase robarle buena parte de su anchura y desembarazo. Detuvimos la marcha cuantos la habíamos iniciado ya, un tanto suspensos del arranque oratorio del mozo en cuestión —era García Sanchiz—, a quien todos tratábamos y conocíamos, sí, como escritor excelente, pero cuyas dotes oratorias ninguno de nosotros sospechaba, y nos dispusimos a escucharle, a la verdad con cierto escepticismo y desconfianza. Comenzó su peroración en voz baja, muy baja, casi imperceptible, que poco a poco fue adquiriendo tonalidades suaves, insinuantes, como de música arrulladora que sujetase y cautivara el ánimo de cuantos le

escuchábamos absortos. No acertaría yo a repetir las cosas que entonces dijo; pero en mi memoria quedó muy grabado el recuerdo de aquella noche y la impresión extraña, de novedad, de rareza, que esta primera charla de García Sanchiz me produjo. Era, ciertamente, algo insólito, cual la repentina aparición de un género totalmente nuevo, nunca oído, que no se parecía a nada ni a nadie, a modo de un néctar delicioso que nuestros labios gustaran por vez primera, y que obligándonos a levantar la copa, donde dormía el misterio de su perfume, para mirarlo al trasluz, nos hiciese exclamar: ¿Qué es esto? ¿Qué embrujo o encanto le han hecho a este vino?”.

Ese mismo embrujo fue el que, llegado el momento adecuado, le ganó a García Sanchiz extraordinaria popularidad en España y fuera de España: en Ultramar muy señaladamente, sin que quedasen fuera de las rutas trasatlánticas, tantas veces frecuentadas, las que le llevaron a Oriente, en viajes que desbordan, por su amplitud de horizonte y misión profesada, las caminatas del juglar. Tiempo y espacio se mezclaron tumultuosamente en la vida de García Sanchiz, cada vez más enfervorizado por sus incursiones en los mundos más variados. “Tiempos vertiginosos —evocados por el propio García Sanchiz— de los reportajes universales: Hollywood, el “Zeppelin”, el Crucero Polar, el Extremo Oriente. Millas, dólares, cosmopolitismo y cada vez más agravada la soledad interior...” Pero esto, que afecta, desde luego, al turista que va por el mundo soñando con transmitir sus impresiones a los seres que no pudieron acompañarle, no puede rezar con García Sanchiz, que iba maternalmente tutelado por España, y, por supuesto, con la viva nostalgia del hogar nunca perdido de vista, personificado en esposa admirable y en el tierno unigénito que habría de morir en el *Baleares*, marino en el indefectible e innumerable sendero de los cielos.

Federico García Sanchiz prefirió la libertad perso-

nalísima del trovador de España en tierras de infieles, pero también de fieles enfervorizándolos a todos. Nunca quiso encuadrarse en la hueste regular, tan rica en admirables ejemplos, de diplomáticos, cronistas, corresponsales, formas afines de servir a la Patria dondequiera. Bien se advirtió que García Sanchiz no necesitaba ni quería asistencias, por lícitas y justificadas que estuviesen, ajenas a su palabra, hablada o escrita. Desde 1926, el charlista regularizó, cuanto le era posible, sus viajes concretamente a Hispanoamérica, viviendo las más variadas experiencias, con fortuna desde luego, pero no sin riesgo, porque de todo hay —y hubo siempre— en la propaganda, no digamos defensa de España.

Atrás dejó García Sanchiz sus claras promesas de novelista y narrador. Quien escribiera “El caballero del puerto” —la mejor de sus obras a nuestro juicio— no volvió a cultivar ese género hasta muchos años después, en “Playa dormida”, novela que podríamos definir, mediante un sistema de equivalencias, como un poema ilustrado por inspirado acuarelista. A propósito del quiebro dado por Sanchiz a sus antecedentes propiamente literarios, oímos decir alguna vez a Pedro Salinas: “Federico, escritor nato, se dejó devorar por las charlas. Podía ser, de entregarse plenamente a la pluma, lo que en Francia significa Paul Morand”. Pedro Salinas, el gran poeta y ensayista, y García Sanchiz eran amigos de juventud, en el Ateneo, que da inevitable fondo a la biografía y semblanza de casi todos los escritores contemporáneos. Allí fue la convivencia, muy reñida a veces, agria en determinados casos, entre otras razones porque así es la vida. Luego vino el desconocimiento de unos y otros, la hostilidad, la dispersión...

Charlando también se hace literatura; García Sanchiz no dejó de hacerla, ni podía, de haberlo querido, porque sus charlas no siempre quedaban en disertación oral. Más bien obraban en el ánimo del autor como un incentivo para comunicar las impresiones de todo orden

a que daban ocasión, y cuando hablaba de sí propio y evocaba sus charlas, lo que hacía, en realidad, era completar sus propias experiencias de argonauta puesto al día. “El viaje a España” —del que después hubo de segregarse la parte correspondiente a Andalucía— es un libro estrictamente ajustado a ese patrón. Los libros de la segunda época vienen a ser crónicas de viaje sentimental o capítulos de memorias íntimas que al fin serían articulados en un conjunto. Nos referimos a “Del roble al olivar”, a “El humo del país” (exvoto marinero valenciano y triunfo del Mediterráneo), “Más vale volando”, “Sacrificio y triunfo del halcón”...

Las “Memorias”, distribuidas en dos volúmenes, tienen por título “Tierras, tiempo y vida”. “América, es pañolar”, las continúa también, pero la especificación del tema justificó, en el plan del autor, la edición por el Instituto de Cultura Hispánica en volumen independiente.

Nuestro compañero, tocado de una enfermedad que no suele perdonar, ha caído cuando se sentía más recordado en cuanto a su salud general. Las dotes intelectuales y el temple moral no sufrieron el menor quebranto. Se complacía en no perder sesión de nuestra Academia. Antes de la sesión reglamentaria de los jueves, gustaba de pasear por el salón que antecede al de Juntas, algo abstraído: él, tan verboso y conversador: pasos cortos, tasada marcha de centinela alerta. ¿Qué secreta consigna oía García Sanchiz dentro de sí...? La muerte, al acecho, le sorprendió en el momento que Dios dispuso. En su paz y en su gracia murió, sin duda, nuestro inolvidable compañero.

M. FERNÁNDEZ ALMAGRO.